

«Una libertad para amar» La esencia de la libertad cristiana

Marcelo Bravo Pereira

Profesor de teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

Introducción

“UN HOMBRE TENÍA DOS HIJOS...”. Con estas palabras comienza la parábola del hijo pródigo (cf. *Lc.* 15, 11-32). Esta parábola refleja fundamentalmente el amor misericordioso de Dios; pero además es la síntesis de la experiencia del hombre y de su libertad. Un buen día, el hijo menor decide abandonar la casa paterna y vivir “libremente” su autonomía, sirviéndose de los tesoros que su padre le había repartido en herencia. Después de un breve tiempo de disfrute licencioso, sobreviene la carestía y la desgracia. La libertad, emancipada del amor del padre, se trocó en servidumbre y en miseria. Libremente el hijo menor abandonó su condición de hijo, su dignidad de heredero, el bienestar del hogar paterno, para acabar errando como extranjero por una tierra que se le vuelve cada vez más hostil, sometido, no a un buen señor, sino a un avaro que le niega hasta las algarrobas que destina a los cerdos.

La libertad cristiana. ¿En qué consiste esta libertad? ¿Es diversa de la libertad de un no cristiano? ¿Qué relación tiene la libertad cristiana con la gracia, con el pecado, con el destino último del hombre? ¿En qué sentido Cristo era un hombre libre? ¿El *non posse peccare* de Cristo lo hacía menos libre? ¿Entra el pecado como una posibilidad para el hombre libre? Para que haya mérito ¿debe existir la posibilidad al menos teórica de pecar? ¿Es más libre la adhesión del cristiano a la voluntad divina —y más meritosa—, al que constantemente le acecha el pecado, que la de Cristo, cuya voluntad humana estaba totalmente adherida a la voluntad divina?

Las preguntas se podrían extender *usque ad infinitum*. El problema de fondo es, en definitiva, el problema de la existencia de una creatura libre y redimida ante la Omnipotencia y Omnisciencia divinas. Existencia real, concreta, objetiva, histórica. Voluntad divina absoluta, necesaria, eficaz, perfecta desde toda la eternidad. Voluntad salvífica universal. Voluntad humana que, históricamente, ha tergiversado ese plan de salvación. Paciencia de Dios, que “sabe que su plan divino se cumplirá”. Libertad humana redimida, elevada, que es consciente de que sin Cristo nada pue-

de: *sine me nihil potestis facere* (Jn. 15, 5); pero que, por otro lado, castiga su cuerpo y lo reduce a servidumbre para alcanzar la libertad de los hijos de Dios (Cf. *1 Cor.* 9, 27; *Rom.* 8, 21). ¿Contraposición libertad-gracia? Según R. Guardini, el problema se hace insoluble si se concibe en términos de contraposición¹; libertad y gracia se ponen sobre planos diversos y, en cierto modo, inconmensurables. Más bien hay que hablar en términos de comunión: gracia y libertad; la libertad fundada en la gracia ¡Todo es gracia, también la libertad! ¿Se resuelve el problema cambiando la perspectiva? Tal vez no se resuelva, pero éste dejará, al menos, de tener los visos de un sin sentido. El teólogo que sigue esta vía pasará, con toda seguridad, de la especulación a la adoración: *o altitudo divitiarum...* (*Rom.* 11, 33).

El presente estudio quiere ser la continuación de uno precedente en el que hablé acerca de la libertad en cuanto tal y, concretamente, la relación entre la libertad y la posibilidad de hacer el mal (la *libertas contrarietatis*)². En las líneas que siguen trataré de responder a la cuestión de si Cristo es el hombre perfecto, ¿cómo vive su libertad? Él será la clave para comprender cómo es libre el discípulo de Cristo.

La libertad cristiana

El problema

Partimos de una afirmación que quedó demostrada en otro lugar: si bien la posibilidad de escoger es la manifestación más clara de la libertad, su esencia, sin embargo, se encuentra en el origen del acto; es decir, acto libre es aquel que tiene al individuo personal, espiritual, como único y primer autor. La esencia de la libertad está en la autodeterminación positiva de la voluntad. O en palabras de J. De Finance: “la libertad no consiste simplemente en el no depender, sino en el poseer en sí mismo la propia determinación y la propia justificación”³.

Ahora nos hacemos la siguiente pregunta: ¿qué agrega el adjetivo *cristiano* a la libertad en cuanto tal? ¿Existe un *plus* de autonomía en el hom-

¹ Cf. *Dominio de Dios y libertad del hombre*, en *Pequeña Suma teológica*, Guadarrama, Madrid 1963, pp. 61-79.

² «La experiencia de la libertad humana», *Ecclesia* 1 (2010), 85-96. (<http://www.uprait.org/sb/index.php/ecclesia/article/viewFile/182/147>)

³ J. DE FINANCE, *Esistenza e libertà*, Libreria editrice vaticana, 1990, 293.

bre que vive en gracia? ¿Es el cristiano más libre que el pagano, que el pecador o el libertino? ¿La libertad cristiana, libera realmente del pecado, del mal, de las diversas manifestaciones de la esclavitud en que vive el hombre?

Todo depende de lo que entendamos por *cristiano*. ¿Qué es lo esencial del cristianismo? Es ésta una pregunta que no podemos pasar por alto o presuponer que todo cristiano, por el hecho de serlo, ya lo sabe. Sin embargo, es difícil responder a una pregunta de este tipo porque, de partida, el cristianismo no es una noción abstracta, no es una figura geométrica. La fe cristiana es omnicomprensiva, abraza toda la realidad humana, pero no de forma general sino concreta, llegando a lo más íntimo y personal: desde el comportamiento civil externo hasta los pensamientos del corazón, desde la vida pública hasta la intimidad del lecho conyugal. Como afirma también J. Ratzinger: “La fe tiene que ver con la totalidad de lo real”⁴.

Concreción. Esta es una característica esencial del cristianismo. Concreción: palabra que debe estar siempre presente a la hora de reflexionar sobre el problema de la libertad. Abstractamente se podría definir la libertad como se define un concepto. ¿Pero desde el punto de vista existencial...? La fe cristiana, como dice Romano Guardini, es una religión de lo concreto, por eso no se puede definir abstractamente. Esto vale también para la libertad; para toda libertad y en particular para la libertad cristiana⁵.

La esencia del cristianismo

Narran los Hechos de los apóstoles que en Antioquía, ciudad a cuya iglesia pertenecían Pablo y Bernabé, llamaron por primera vez a los discípulos con el apelativo de “cristianos” (Cf. *Hch.* 11, 26). En Antioquía casi todos los discípulos procedían del paganismo y, por lo tanto, no se apreciaba inmediatamente el origen judío de la nueva religión. Está claro que el nombre no siempre indica la esencia de aquello que denota. Así, por ejemplo los estoicos eran llamados de esta forma porque tenían sus reuniones en una *stoa*, una galería de columnas. Los epicúreos recibieron su nombre de su fundador: Epicuro. Para los antioquenos los cristianos eran los discípulos de Cristo, y basta; sin dar mayor trascendencia filosófica o religiosa al apelativo. Sin embargo, el nombre tuvo fortuna, no sólo porque trazó una línea divisoria entre los cristianos y los judíos, manifestando de este modo la universalidad de la nueva fe, sino porque, a fin de cuentas, era el nom-

⁴ J. RATZINGER, *El Dios de Jesucristo*, Sígueme, Salamanca 1988², 37.

⁵ Cf. R. GUARDINI, *La esencia del cristianismo*, Cristiandad, Madrid, 1984⁴. 17.

bre más adecuado para los discípulos de Cristo. El epicúreo era considerado tal porque simpatizaba con las ideas del filósofo hedonista, sin embargo, jamás se le hubiera ocurrido a un hedonista afirmar: “no soy yo quien vivo, es Epicuro quien vive en mí”. El cristiano es tal porque, en última instancia, Cristo ha entrado en lo más íntimo de su existencia y la ha transformado, la ha *crístificado*.

Conocemos la diferencia fundamental entre el discípulo de Cristo y el discípulo de otros maestros judíos anteriores y contemporáneos de Jesús. Ser discípulo significaba adherirse a un modo concreto de concebir la propia tradición judía. Significaba asimilar sus ideas, aprender sus métodos de interpretación, aplicar sus conclusiones morales y rituales y, si era el caso, convertirse en un maestro, abriendo la propia escuela rabínica con discípulos propios.

En el cristianismo, por el contrario, los discípulos no han escogido seguir a un Maestro por sus ideas. Ellos han sido escogidos por Él (Cf. *Jn.* 15, 16). Además, el centro de la predicación de Jesús, no es tanto una doctrina o una moral, sino Él mismo.

Ser cristiano significa ser de Cristo, pertenecer a la grey de Cristo, alimentarse de su cuerpo y de su sangre, es reproducir en lo más íntimo del corazón la imagen de Cristo: *Christianus, alter Christus*. Y esto, no en sentido metafórico, sino real y existencial. La esencia del cristianismo “está constituida por Jesús de Nazaret, por su existencia, su obra y su destino concretos; es decir, por una personalidad histórica”⁶. B. Forte escribe: “La verdad que el cristianismo profesa no es algo, sino Alguien; no un objeto que se posee e se mide en el cuadro de los objetos de este mundo, sino la persona viva de Jesucristo, que llama a seguirle y pone a cada uno ante la opción decisiva, no transferible a otros”⁷.

Para el cristiano, Jesús de Nazaret, el Verbo encarnado, se vuelve la norma concreta del ser y del obrar. Toda la vida del cristiano es llegar a ser, por gracia, lo que Cristo es por naturaleza: Hijo de Dios, partícipe de la naturaleza y del amor divinos.

Por otro lado, es esencial en el cristianismo la conciencia de que el primer paso, y los pasos sucesivos, vienen siempre de Dios. El discípulo no escoge al Maestro. Si bien el discípulo es llamado para una misión, en primer lugar ha sido llamado para estar con Jesús (Cf. *Mc.* 3, 13). El Espíritu

⁶ *La esencia del cristianismo*, 19.

⁷ B. FORTE, *L'essenza del cristianesimo*, Mondadori, Milano 2002, 163. Aquí el teólogo napolitano explica el pensamiento de Guardini.

Santo, Espíritu de Cristo, es el que atrae a los que el Padre ha destinado a la salvación en Cristo.

Por lo tanto, Cristo no es sólo aquel que enseña la vía de la auténtica religión; ni es un ser superior, aunque inferior a Dios. Él es el camino y es el objeto de la adoración. Es a la vez mediador, en cuanto hombre verdadero y el término de la mediación, en cuanto Dios. A la pregunta de Felipe: “muéstranos al Padre y nos basta”, Jesús responde: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (*Jn.* 14, 9). La humanidad de Cristo es el vehículo de la manifestación de su condición divina. Los ojos físicos de los discípulos contemplaban a un hombre, la fe les revelaba el misterio de su trascendencia. En Él, como dice san Pablo, reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente (Cf. *Col.* 2, 9). Por esta razón, a causa de este misterio todos los acontecimientos de la vida de Cristo, no obstante su irrelevancia aparente, se constituyen como centro y razón de ser de toda la historia⁸. La esencia del cristianismo no radica, por lo tanto, en sus dogmas, ni en su moral, ni en sus instituciones, ni en la cultura que ha bebido de su fuente. La esencia del cristianismo ni siquiera radica en la virtud del amor generoso, la caridad. Lo esencial del cristianismo es Cristo, que es todo en todos (Cf. *Col.* 3, 11). “Crear, ser renovado y sellado por el bautismo – escribe R. Guardini –, significa un proceso por el cual el hombre entra en la in-existencia alternativa pneumática con el Redentor eterno-real; un proceso por el cual recibe la figura, la acción, la pasión, la muerte y la resurrección del Redentor como forma y contenido de una nueva existencia”⁹. En este sentido se comprende un poco más qué significa el hecho de que el cristiano por el bautismo se convierte en una nueva creatura. Ahora bien, lo cristiano no se debe entender como un añadido a lo humano, sino más bien como la plenitud de una vida auténticamente humana¹⁰. “Encontrar la identidad mediante la identificación con Cristo significa llegar a una unión con Cristo que me devuelve completamente a mí mismo, mientras yo me reconozco aceptado y me entrego a Él”¹¹.

Hacer el bien es hacerlo en Cristo, el mal, alejarse de Él. Cristo es el contenido y criterio del obrar cristiano en absoluto; el bien en cada acción es Él. Obrar justamente, en definitiva, es un obrar por Cristo o dirigido a

⁸ Cf. L. F. LADARIA, *Antropología teológica*, PUG, Roma 1983, 29.

⁹ *La esencia del cristianismo*, 74.

¹⁰ Cf. L. F. LADARIA, *Antropología teológica...* 31.

¹¹ J. RATZINGER, *La fiesta de la fe*, Desclee de Brouwer, Bilbao 1999, 38.

Él¹²; así lo afirma el mismo Jesús: “El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama” (*Mt.* 12, 30).

A esta vida, que es Cristo viviente, concreto, operante, transformante en el corazón del hombre, la llamamos gracia divina. Gracia que da a nuestro obrar un contenido diverso y un valor infinito, como lo eran las obras de Cristo. Si el fin del hombre no es sino la participación en la vida divina, el cristiano vive ya, por gracia, orientado hacia ese fin. La gloria que le espera no es sino la plenitud de lo que vive ya, por su participación a la vida y destino de Cristo, en esta tierra. Por esta savia que corre por las venas del alma cristiana, el discípulo de Cristo es, con todo derecho, hijo de Dios y hermano de Jesucristo, compañero de camino y partícipe en su obra redentora.

Esta participación en la obra redentora de Cristo, exige en el hombre el ejercicio de su libertad. Una libertad que, sin embargo, no se confunde con autonomía absoluta, entendida como emancipación de Dios, sino como aceptación del dominio de Dios “única dependencia que hace al hombre verdaderamente libre: la del Mediador en el que Dios se ha revelado”¹³; es decir, Cristo, modelo, restaurador de la naturaleza humana, a la vez camino y compañero de camino hacia la posesión de la libertad definitiva.

La libertad de Cristo

De lo dicho anteriormente, resulta indispensable, por lo tanto, fijar los ojos en Cristo para estudiar cómo ejerció su libertad, cuál era la estructura antropológica de su naturaleza humana que le permitía el ejercicio de su libertad, manteniéndose siempre en actitud de obediencia al Plan que el Padre le había trazado.

Contrariamente a lo que se pensaría – y salvo error de apreciación –, no es muy tratado este tema en los manuales de cristología. Las más de las veces la libertad de Cristo es despachada en tres o cuatro párrafos, en donde la mayor parte de los mismos están dedicados a tratar de conciliar la libertad humana de Cristo con su impecabilidad. Por otro lado, la base escriturística casi exclusiva es *Jn.* 10, 17-18: “Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre”.

¹² *La esencia del cristianismo*, 92 y 46.

¹³ B. FORTE, *L'essenza del cristianesimo...*, 163.

Por este motivo vale la pena detenerse un poco más en la libertad del Verbo encarnado. Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, con una naturaleza humana completa, revela el hombre al hombre. Contemplando a Cristo, podemos comprender con más profundidad cuál es la esencia de la existencia libre del cristiano.

La libertad de Cristo: una mirada al Evangelio

Jesús aparece, desde el inicio, como un hombre peculiar. Sin ser un anárquico revolucionario, no se deja moldear por los cánones convencionales. Sabe discernir entre lo esencial (el amor a Dios y al prójimo) y las tradiciones meramente humanas. Para Jesús no hay ley por encima de la voluntad de Dios.

Por otro lado, Jesús trata con todo tipo de gente con toda espontaneidad y apertura, sin dobleces ni segundas intenciones. Busca hacer el bien a todos, sin preocuparse en absoluto por el qué dirán. Ni le detienen las críticas y ataques de sus enemigos, ni las adulaciones y halagos lo desvían un milímetro del plan que se ha preestablecido. En todo y por encima de todo, Jesús sigue fielmente el dictamen de su conciencia.

Vemos, además, que hay un *leit motiv* que constantemente aparece en su vida, en su enseñanza y en sus acciones concretas: la voluntad del Padre. Jesús está polarizado por esta voluntad. Quiere serle fiel y, efectivamente, lo es. Por esta voluntad predica, hace milagros, rechaza las tentaciones (del demonio, cuando lo quieren hacer rey, en Getsemaní, etc.). Cuando percibió que había llegado su hora, la hora que el Padre había determinado para llevar a cabo la redención, “él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén” (Lc. 9, 51). Como escribe J. Stöhr: “El acto supremo de la libertad de Jesús es al mismo tiempo el cumplimiento de la voluntad del Padre por parte del Hijo inocente de Dios. La profunda comprensión teológica de este misterio tiene gran importancia; sólo a partir de ella se puede esclarecer el significado de la libertad humana en general”¹⁴.

Cristo no se siente atado a nada ni a nadie, si no es la voluntad del Padre. Se sujeta a sus padres porque así lo quiere su Padre, escoge a los doce pero no guiado por su gusto personal, sino porque son los que el Padre le ha dado; acepta la cruz no por masoquismo patológico sino porque quiere agradar al Padre y llevar a cabo su obra.

¹⁴ J. STÖHR, *Reflexiones teológicas en torno a la libertad de Cristo en su pasión y muerte*, en AA. VV. *Cristo, Hijo de Dios y redentor del hombre*, Eunsa, Navarra 1982, 805.

La voluntad del Padre es la causa de la existencia terrena de Jesús. Sin embargo, Jesús no entiende esta voluntad como un destino ciego, como una especie de fatalidad a la que los hombres han de someterse inexorablemente. La clave de interpretación de la voluntad del Padre en la vida de Cristo es el amor. El amor es su peso. Por este motivo, la voluntad humana de Cristo no es aséptica, fría, mecánica, como sería la de un subordinado que ejecuta órdenes, sin importarle la razón de las mismas. Jesús, ante su Padre no es un subordinado, sino un hijo¹⁵. Le interesa la voluntad de Padre que le envió. Por otro lado, Jesús deja espacio a su sensibilidad y a sus pasiones que enriquecen y dan vida a su acción. Él ama al Padre con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente (cf. *Mt.* 22, 37), y ama a los hombres a los que va a redimir: siente compasión del pueblo y multiplica los panes, “porque no quiere dejarlos en ayunas” (*Mt.* 15, 32). Cuando se le acerca el leproso que humildemente le suplica la curación, Jesús, se compadeció de él, extendió su mano, le tocó y le dijo: “Quiero; queda limpio” (*Mc.* 1, 41); y cuando llega el momento de consumir el sacrificio, estando a la mesa con sus discípulos se sinceró con ellos: “Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer” (*Lc.* 22, 15).

Esta determinación de hacer en todo la voluntad del Padre llega a su culmen en la Pasión. En el Huerto de Getsemaní comienza su oración con el “si quieres...” que muestra el grado de unión de voluntades entre Jesús y el Padre (cf. *Lc.* 22, 42). Cristo no quiere sufrir. No es el sufrimiento por el sufrimiento lo que Él busca. Lo que quiere es hacer la voluntad del Padre. Más adelante, mostrará hasta qué punto es libre: él afirma con toda claridad que si hubiera querido, hubiera podido salvarse de la muerte. Dice, en efecto a Pedro, al momento de la captura: “¿O piensas que no puedo yo rogar a mi Padre, que pondría al punto a mi disposición más de doce legiones de ángeles?” (*Lc.* 26, 53). Más adelante, Pilato se sorprenderá del poco esfuerzo que hace Jesús por inclinar la balanza de la justicia hacia una liberación posible (cf. *Lc.* 27, 14). Más aún, cuando habla, lo hace para comprometerse más. Por otro lado, es significativo el hecho de que ante Herodes Jesús haya optado por guardar un noble silencio (cf. *Lc.* 23, 9).

A las acciones que muestran la completa autonomía de Cristo y su dependencia del Padre en los sinópticos, Juan agrega algunos hechos y, sobre todo, palabras que van en la misma línea de los otros evangelios. Con tra-

¹⁵ Interesante la reflexión de J. DUPUIS, *Introduzione alla cristologia*, Piemme, Casale Monferrato 1993, 199 y s.: “Es necesario subrayar que Jesús, en elecciones semejantes, ha tenido un sentido extraordinario de iniciativa, invención y responsabilidad y no faltaron ocasiones para semejantes elecciones...”. Véase todo el párrafo.

zos claramente joánicos, el cuarto Evangelio nos ofrece una figura de Jesús, hombre libre, coherente y en armonía con la tradición sinóptica.

En primer lugar, resalta en la conciencia de Cristo la proximidad de su Hora. Se podría traducir la Hora en Juan como el cumplimiento de las escrituras o la voluntad del Padre. Jesús se deja guiar por esta Hora, sin embargo, tampoco en san Juan se trata de un destino ciego, sino de una voluntad amorosa. Por este motivo, Jesús está dispuesto a cambiar sus planes, cuando así lo considera oportuno, sin por ello alejarse del Plan redentor del Padre. En Caná de Galilea, por ejemplo, ante la petición de su madre, Jesús está dispuesto a adelantar la Hora de su manifestación, sin que en ello se vea un acto de rebeldía o de ligereza ante la voluntad del Padre. Ya al final de su vida, sus hermanos le incitan para que vaya a Judea. Jesús les responde: “Subid vosotros a la fiesta; yo no subo a esta fiesta porque aún no se ha cumplido mi tiempo” (*Jn.* 7, 8). Sin embargo, una vez que se han ido sus hermanos, Jesús decide subir a Jerusalén, pero de incógnito. Finalmente, cuando mediaba ya la fiesta, Jesús entra en el Templo y comienza a predicar abiertamente.

Encontramos en los sinópticos algunos pasajes que van en esta misma línea. Por ejemplo, cuando invita a sus discípulos a dejar la muchedumbre para ir a un lugar y descansar. Todo parece mostrar que Cristo no se esperaba la presencia del pueblo en el lugar de destino. Él quería hacer descansar a sus discípulos, pero cambia de planes: tuvo compasión de la muchedumbre y se puso a enseñarles muchas cosas (cf. *Mc.* 6, 30-34).

Se podría juzgar de diversas maneras la conducta de Cristo. Si se ve desde una perspectiva estrictamente existencial, sin ir más allá de lo que los textos explícitamente dicen, se aprecia simplemente con cuánta naturalidad Cristo lleva adelante la voluntad del Padre. Él busca en cada momento qué es lo mejor, cómo glorificar más al Padre, cómo hacer el bien a las almas, aunque ello signifique “cambiar de planes”. Dirá más adelante Jesús que él hace siempre lo que le agrada al Padre (cf. *Jn.* 8, 29). Se ve claramente que el agrado del Padre no es el sometimiento material a una norma absoluta, sin iniciativa ni alma, sino la búsqueda en cada momento de la gloria del Padre.

Por otro lado, están las palabras de Jesús relacionadas con su actuar libre. Estas palabras van en dos direcciones. La primera busca la unión de voluntades. Como se dijo en el párrafo anterior, Cristo hace siempre lo que agrada al Padre, su alimento es la voluntad del Padre, Él no hace nada por sí mismo, sino como ve al Padre, así actúa. La segunda presenta a Cristo como el hombre más libre de todos. Él es libre ante su pasión pues nadie le

quita la vida, sino que Él la da voluntariamente (cf. *Jn.* 10, 18). Él es libre ante los demás: es Él quien ha escogido a los doce (cf. *Jn.* 15, 16), nadie puede argüirlo de pecado (cf. *Jn.* 8, 46). Siendo exento del pecado, Jesús se siente absolutamente libre, pues, “todo el que comete pecado es un esclavo” (*Jn.* 8, 34), y Él no es esclavo, sino Hijo. Más aún, es aquel que otorga la libertad a quienes creen en Él (cf. *Jn.* 8, 36).

Cristo, el hombre más libre

El evangelio nos presenta al hombre más libre de la historia. Esta libertad de la voluntad de Cristo está en relación íntima con la voluntad del Padre. Jesucristo, en cuanto Dios verdadero comparte con el Padre la voluntad divina. En cuanto hombre verdadero, su voluntad humana, semejante a la nuestra, se adhiere totalmente a la divina, sin sombra de resquebrajadura. Con esta adhesión libre de su voluntad humana, Cristo restaura la nuestra y la reorienta hacia Dios.

A lo largo de todo el Evangelio resuena el “quiero” humano-divino de Cristo: una volición (*actus elicitus*) que busca poner en movimiento (*actus imperatus*) sus facultades inferiores, pasiones, sentimientos, etc. para el desarrollo de su misión redentora; pasiones y sentimientos que responden con admirable docilidad al imperio de la voluntad.

¿Cuál es el motor que mueve la voluntad humana de Cristo? El amor. *Amor meus, pondus meum, ego feror quocumque feror*, escribirá san Agustín¹⁶. Cristo, con su naturaleza humana, no escoge amar al Padre. El amor es condición de la libertad, como también la libertad es condición del amor, dándose así una armoniosa circularidad. Por eso es auténticamente libre sólo quien ama y sólo puede ejercer su libertad una creatura dotada de la capacidad de amar. Este es el sí de Jesús que nace del amor sin reservas al Padre, pues la suya es la libertad del amor¹⁷. Cristo, porque amaba al Padre, escoge los medios más adecuados para cumplir la misión que el Padre le encomendó. “Más adecuados” se debe entender en la vida de Cristo como sinónimo de “yo hago siempre lo que le agrada a él” (*Jn.* 8, 29). Es decir, estos medios son queridos en cuanto son voluntad del Padre, no en

¹⁶ *Confessiones*, XIII, 9, 16.

¹⁷ “En el plano más profundo de la libertad, Jesús se presenta como el hombre totalmente libre por amor, totalmente entregado al Padre y a los otros. Él da testimonio de que nadie es tan libre como el que se ve libre de su propia libertad en aras de un amor más grande” (B. FORTE, *Jesús de Nazaret, historia de Dios-Dios de la historia*, Paulinas, Madrid 1983, 226).

cuanto más fáciles o difíciles en sí mismos¹⁸. Pudiendo escoger entre varios bienes, Cristo siempre escogerá el que más agrada al Padre; y esto por el amor con que lo ama.

Esta voluntad divina implicará a Cristo un grande sacrificio, el holocausto de todo su ser. El sufrimiento de Cristo asumirá todo el sufrimiento del hombre. Todos los dolores, todas las angustias, todos los escarmientos. Todos, menos uno. Existe un sufrimiento que Cristo de ninguna manera pudo haber sufrido: el sufrimiento que provoca en el hombre caído la dicotomía entre la propia voluntad y la voluntad de Dios. Cristo, a diferencia de sus discípulos – a diferencia de todo hombre –, no es recalcitrante ante la voluntad del Padre y por eso su dolor proviene exclusivamente de lo arduo de la misión ante la visión de lo que comportará de sufrimiento y de muerte y no por causa de la falta de adecuación o conformidad con la voluntad del Padre. El evangelio nos muestra un Jesús íntegro en su pasión. No se lamenta de la desgracia que le viene encima, y menos maldice su destino. Jesús va a su pasión en paz, no porque sea un masoquista. Getsemaní demostró cuán duro fue para su sensibilidad la vigilia de la pasión. Sufre, en definitiva, no porque no quiera la voluntad del Padre, sino como consecuencia de su decisión de apurar el cáliz del dolor hasta la última gota.

En conclusión, Cristo vive en su existencia terrena lo que Romano Guardini coloca como la meta de la acción libre del hombre¹⁹: Jesús no actúa esforzándose continuamente por adecuar su comportamiento a la verdad, que era la voluntad de Dios. Jesús es moralmente libre. Su acción procede espontáneamente y sin tensiones de lo que él es: un hombre bueno. Si de lo que rebosa corazón habla la boca, Jesús es el hombre bueno que saca del tesoro de su corazón cosas buenas (cf. *Mt.* 12, 34-35), sin dobleces ni divisiones interiores.

A esta luz se comprende un poco mejor el *non posse peccare* en Cristo²⁰. Si toda la tradición cristiana atribuye a la voluntad una tal autonomía

¹⁸ La vida de Juan era más austera y más difícil que la de Cristo, desde el punto de vista humano, pero no más meritoria ni más libre.

¹⁹ Cf. *Libertà, Grazia, Destino...*, 57.

²⁰ Se presupone y se afirma, claro está, la explicación más metafísica de la unión de voluntades en el único sujeto divino. La unión de voluntades en Cristo no es meramente moral. En él el principio *quod agit* es la Persona del Verbo, mientras que el principio *quo agit* es, ya sea la voluntad humana, ya sea la divina. La voluntad humana de Cristo se adhería totalmente a la divina en razón de la unidad en el Verbo. Cristo con sus dos voluntades quería la misma cosa. Sin embargo, la voluntad humana no era privada de su movimiento

que sólo Dios, como principio interno, puede mover²¹, el *non posse peccare* de la voluntad humana de Cristo es eficaz a causa del *nolle peccare*. Si Cristo no puede pecar es, en definitiva, porque no quiere. El peso de su amor está totalmente inclinado hacia Dios y por ello es inamovible. Su voluntad está absolutamente adherida al Bien divino. Cristo no puede pecar, además, porque en Él el bien es plenamente manifiesto; hay un total acuerdo de voluntades y no hay absolutamente ningún motivo, ni siquiera aparente, para hacer el mal o para alejarse de la voluntad divina. Esta *desideranda necessitas* no es en absoluto una carencia de libertad: es su ejercicio más pleno²²; por ella la voluntad quiere el bien sin poder querer el mal. Necesidad sumamente deseable porque con ella el hombre alcanza la perfección última, y por lo tanto, la plena libertad²³.

Contemplando a Cristo podemos aclarar el misterio de la libertad del hombre en relación con Dios. Es lo que intentaré mostrar a continuación. Libertad no es emancipación. Ya lo dijimos. Libertad y voluntad de Dios no están en polos opuestos. Somos libres para Dios. Seguir su voluntad es caminar hacia la propia realización, pues su voluntad no es un destino ciego sino es un plan de amor. Cumplir la voluntad de Dios es someterse libremente a aquel al que todo está sometido, librándose de esta manera de toda otra atadura.

La libertad de los cristianos

De la libertad de la imagen de Dios a la esclavitud del pecado

Para poder comprender la acción humana es necesario conocer su origen. Si es verdad que a partir del actuar se conoce el ser (*agere sequitur esse*), también es cierto que es el ser, la naturaleza de la cosa la que nos da la explicación última de su obrar.

¿Quién es el hombre? A partir de su obrar, la filosofía puede desvelar un poco el misterio que rodea a este ser inquieto. Ahora bien, el filósofo no llegará a comprender el núcleo más íntimo de su existencia si no viene en auxilio la Revelación divina. “Me paso la vida tratando de entenderme”²⁴.

propio y libre; ésta, espontánea y libremente, se subordinaba de esta manera (cf. H. NICOLAS, *Sintesi dogmatica*, Libreria editrice vaticana, 1991, 541).

²¹ Cf. *Summ. Theol.* III, q. 18, a. 1 ad 1.

²² Cf. SAN AGUSTÍN, *Opus imp. c. Iul.* 5,61.

²³ Cf. A. TRAPÉ, en *Opere di s. Agostino*, vol. XX, Città nuova, Roma 1997, LIX.

²⁴ R. GUARDINI, *Quien conoce a Dios conoce al hombre*, PPC, Madrid 1995, 173.

Quién es el hombre es preguntar cómo salió de las manos del Creador. La respuesta a este interrogante da la clave para entender el para qué último de la existencia humana.

El hombre, nos dice la Revelación, fue creado a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gén.* 1, 26). “El ser más íntimo del hombre radica en ser imagen de Dios”²⁵; fue creado para gobernar y someter la tierra; es decir, para ser en el mundo un reflejo del gobierno con el que Dios lleva a todas las cosas a su perfección.

¿En qué dimensión del hombre se refleja esta imagen de manera más viva? Santo Tomás, siguiendo la Tradición cristiana, nos ofrece la respuesta: *homo factus ad imaginem Dei dicitur, secundum quod per imaginem significatur intellectuale et arbitrio liberum et per se potestativum*²⁶. Así lo afirmó también el Concilio Vaticano II: “la verdadera libertad es signo eminente de la imagen divina en el hombre”²⁷. Así lo vieron los Santos Padres y toda la tradición²⁸.

Decir inteligencia y libertad equivale a decir espiritualidad. El hombre es imagen y semejanza de Dios en su actuar libre, pero sobre todo lo es en cuanto que es un ser espiritual. Un ser con una densidad ontológica cualitativamente superior a todo el universo material. A diferencia de los demás seres, que sólo son huellas de Dios, que, por su existir y por la bondad que les es inherente, hacen alusión al Ser y a la Bondad sin ocaso, el hombre es imagen, icono de la Verdad y Bondad divinas²⁹. El ideal de la libertad que compete a la creatura que es imagen divina no es, por tanto, mera elección vulgar de bienes contingentes, sino la adhesión absoluta al bien perfecto, realizando así su vocación a reproducir en el mundo la imagen divina.

¿Quién es el hombre? *Ecce homo!* (*Jn.* 19, 5). Para responder a esta pregunta es necesario volver los ojos, como ya lo hemos hecho, a Jesús de Nazaret. Él, en cuanto Verbo consustancial al Padre es su perfecta expresión eterna y divina. En cuanto hombre, trasluce a través de su acción humana su ser más íntimo y su absoluta adhesión al bien. “Pasó haciendo el bien” (*Hcb.* 10, 31): en esta frase condensa san Pedro la vida de Cristo sobre la tierra. Quien se acercó a Cristo se topó con la santidad misma de Dios. “Señor mío y Dios mío” (*Jn.* 20, 28): quienes supieron acercarse con ojos

²⁵ R. GUARDINI, *Quien conoce a Dios conoce al hombre...*, 154.

²⁶ *Summ. Theol.* I-II prologus.

²⁷ *Constitución dogmática Gaudium et Spes*, n. 17.

²⁸ Cf. J. O'DONNELL, *Introducción a la teología dogmática*, Verbo divino, Madrid 1996, 69.

²⁹ Cf. *Summ. Theol.* I q. 45, a. 7; q. 93, a. 6; III q. 4, a. 1 ad 1.

de fe, vieron con toda nitidez la presencia y la acción de Dios a través de la presencia y la acción de un hombre.

La acción de Cristo, la armonía perfecta y vital entre su libertad y su plena adhesión a la voluntad del Padre ilustra cuál era el modo de vivir la condición de imagen divina en el hombre salido de las manos del Creador. Muestra, además, la vocación a la que el hombre estaba destinado desde toda la eternidad: reflejar la Bondad subsistente en la propia alma e irradiarla alrededor.

Sin embargo, la Revelación divina no muestra sólo la belleza de la creatura hecha a imagen de Dios, sino también, y de una manera terriblemente real, con tintes sombríos y dramáticos, la grande disonancia del pecado: espasmo rabioso con el que el hombre quiso zafarse de Dios, que distorsionó la bella armonía de la creación, la absurda rebeldía que arrastró seres espirituales, llamados a la comunión con Dios, por el abismo del mal y de la muerte, del orgullo y del sufrimiento estéril.

La Revelación cristiana no oculta esta verdad; no trata de justificar la maldad recurriendo a fáciles dualismos para ahorrarle al hombre su propia responsabilidad. No. El pecado, ni es un momento antitético en la evolución de la historia, ni son las limitaciones a las que está sujeto el hombre en su camino de autorrealización. El pecado fue oposición libre al Dios santo, un acto de rebelión que alejó al hombre de Dios y lo aisló dentro de una suma mentira y precariedad³⁰. En este acto de rebeldía, el hombre arrastró consigo al universo entero en el desorden y en el caos.

“Todo el que comete pecado es un esclavo” (*Jn.* 8, 34). Con el pecado el hombre queda en una postración tal que ya no le es posible hacer el bien – la verdad – de su existencia que es la de ser imagen de Dios. Puede ciertamente realizar algunas obras buenas. Su libre albedrío le permite escoger entre bienes particulares, puede edificar casas y construir ciudades; pero no podrá ya alcanzar su fin último sobrenatural³¹. ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? (cf. *Mc.* 8, 36). Enfangado en la culpa, sufre las consecuencias de su primera elección. Creyendo alcanzar la autonomía lejos de Dios, se encadena a sus pasiones, sufre el mal pero también lo causa, y, aunque quiera cerrar los ojos ante esta verdad, esta ceguera es ya una consecuencia de su miserable condición. “No hay quien obre el bien, no hay siquiera uno” (*Rom.* 3, 12. cf. *Sal.* 14, 3). Como los israelitas en Egipto, el hombre sufre la opresión de la concupiscencia, la

³⁰ Cf. R. GUARDINI, *Libertà, Grazia, Destino...*, 81.

³¹ Cf. *Summ. Theol.* I-II q. 109 a. 2.

rebelión interna de sus facultades, la tiranía de la muerte, sin poder levantar las manos a su Redentor e invocarlo, pues se ha olvidado hasta de su nombre (cf. *Éx.* 2, 26; 3, 13; 6, 9).

Para el hombre, con sus solas fuerzas heridas por el pecado, es imposible salir de este estado. Ignorancia y error, concupiscencia y desequilibrio de la voluntad y todos los males que le cayeron encima, son un peso que inclina al hombre y lo ata a una tierra extraña y hostil. Por lo demás, la misma experiencia psicológica muestra patentemente esta incapacidad. En todo hombre hay un quiebre interior, una fractura que lo divide interiormente: el hombre exterior lucha contra el hombre interior. Dentro de cada hombre vive un Gregorio Samsa kafkiano, o uno de los personajes admirablemente retratados por Dostowjeski en “Los hermanos Karamazov”. Rebeldía, neurosis, insatisfacción personal, emotividad descontrolada, insensibilidad egoísta, narcisismo, complejos de todo tipo... o en palabras de Victor Hugo: “si mirásemos detrás de aquella faz, en aquella alma, en aquella oscuridad, descubriríamos bajo el silencio exterior, combates de fantasmas como en Milton; espirales visionarias como en Dante. No hay nada más sombrío que este infinito que lleva el hombre dentro de sí, y al cual refiere con desesperación su voluntad y las acciones de su vida”³².

Dos posturas ante la situación del hombre

Estas son dos verdades sobre la condición del hombre, ser espiritual, imagen de Dios por su actuar libre, que hizo de su libertad una ocasión para rebelarse contra Dios y caer en una mísera esclavitud, lejos de Dios.

Ante esta situación han surgido dos propuestas radicales. La primera niega que el pecado haya distorsionado en tal modo la voluntad humana y ofrece al hombre la posibilidad de ejercer su libertad autónomamente. Es la propuesta pelagiana. El hombre, con sus fuerzas, puede recomponer el puente, reunificando las riberas que el pecado original separó. Esta postura concede a Dios un lugar secundario en la libertad humana y minusvalora las consecuencias de la caída. El pelagianismo, contra el que tan firmemente luchó Agustín, es la postura del hombre moderno y se vuelve a proponer cada vez que el sujeto autónomo afirma: “yo soy bueno, no hago mal a nadie; no necesito de la fe para estar bien. Si hay problemas, enfermedades, la tecnología nos ofrece los medios para reducir o anular el sufrimiento. No tengo necesidad, al menos por ahora, de Dios”. Para el hombre de hoy,

³² *Los miserables*, Edimat, Madrid 2003, p. 119.

Dios no sería más que un sedante psicológico, una panacea para momentos de estrés y depresión.

La segunda postura, contra la que en su momento también tuvo que luchar san Agustín, es la que se formulará durante y después de la reforma luterana. El hombre sería absolutamente impotente y pasivo en la obra de su redención. La salvación y la libertad consistirían en un total abandono fiducial en los brazos de Cristo Salvador³³.

Ninguna de estas posiciones es la auténticamente cristiana. Más adelante volveré sobre este asunto. Por ahora baste decir que es la revelación misma que descarta una interpretación unilateral. El Salvador que afirma que “sin mí no podéis hacer nada” (*Jn.* 15, 5), es el mismo que sentencia: “con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas” (*Lc.* 21, 19).

La liberación

Cuando se habla de la libertad en el Nuevo Testamento, es éste el tema más tratado: Cristo, liberador del hombre. Como se ha visto hasta ahora, no he querido seguir este camino. He preferido partir de Cristo, el hombre más libre, para ver cómo libera a los hombres, no tanto desde la perspectiva soteriológica, sino ontológica, tratando de elucidar quién es ese Cristo que actúa libremente. Él es el hombre perfecto que restablece el justo orden en las relaciones con Dios. Entre todos los hombres hay uno que ha dicho sí al Padre en modo pleno y con todo su ser. Y yo sé que ese hombre, Jesucristo, es mi Redentor: su vida y su muerte, su resurrección me dieron nueva vida.

Ahora es el momento de detenerse un momento en este tema. Cristo es más que un modelo. Es el *go'el*, el redentor. Él pagó el precio de la redención sufriendo y muriendo por mis pecados. Más aún, Él, como acabo de decir, con cada una de sus acciones va restaurando la naturaleza humana hasta en su más mínima expresión. Por amor al Padre y por amor a los hombres vive una existencia de hombre, elevando a un nivel sobrenatural cada una de las etapas de la vida humana.

Cristo es médico que penetra allí donde se encuentra el mal para aplicar el aceite y el vino de su gracia (cf. *Lc.* 10, 34); gracia que no es algo distinto de Él mismo. Para el alma cristiana, Cristo, mediante la acción del Espíritu, se constituye como su vida, de manera más íntima que su misma

³³ Cf. B. GHERARDINI, *La libertà in san Tommaso ed in Martin Lutero*, en “Doctor Angelicus” 1 (2001), 66.

vida natural. De esta manera, el hombre puede volver a encontrar la armonía original y la felicidad perfecta en Dios que había perdido con el pecado.

“Para ser libres nos libertó Cristo” (*Gal.* 5, 1). ¿Cómo nos libera Cristo? Primero nos hace ver la situación en la que nos encontramos, luego reorienta la mirada hacia Dios. “Tú dices: «Soy rico; me he enriquecido; nada me falta». Y no te das cuenta de que eres un desgraciado, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo” (*Ap.* 3, 17). Sin embargo, Cristo no nos pone ante los ojos nuestra miseria para hacernos perder el ánimo y la esperanza, o para echárnoslo en cara. Como dice R. Guardini: “en el momento en el que el creyente reconoce a Cristo, reconoce también la propia indignidad”³⁴. En este doble movimiento el segundo está finalizado exclusivamente al primero. Es la figura maravillosa de Cristo la que hace al hombre volver sobre su condición y desear ardientemente salir de ella para alcanzarlo; camino de elevación que hará junto a Cristo, pero sin retraerse a su propia acción³⁵.

Reorientar la mirada no es sólo mostrar un camino que se ha de recorrer. Cristo, además, da el gusto del hogar paterno, haciendo más llevadera la fatiga que comportará recorrer el camino de regreso. Con la gracia y los demás auxilios que nos vienen a través de la Iglesia, especialmente la Eucaristía, que es Cristo mismo, se hace más aguda la mirada y suave lo que antes era arduo³⁶. Esto no significa que el cristiano no deba luchar. Por el contrario, el discípulo de Cristo sabe que la lucha será más fuerte cuanto más cercano esté de la fuente de la gracia. Por este motivo san Pablo exhorta a los cristianos a vestir la armadura que le es propia: el escudo de la fe, la coraza de la justicia, la espada del Espíritu, etc (cf. *Ef.* 6, 11-17). Al cristiano le acecha todavía la posibilidad de perder la perla preciosa, pues su situación no es del todo definitiva. Su libertad se encuentra aún en camino de su perfección. Pero esto no será para él motivo de abandono de la lucha. Todo lo contrario. Movido por el santo temor de Dios, buscará unirse cada día a su nuevo Señor para no perder las fuerzas o extraviarse en el camino.

En conclusión, si es por la libertad que el hombre manifiesta su condición de imagen de Dios, su restauración consistirá en una nueva posibilidad de ascender a Dios mediante el ejercicio de esta libertad.

³⁴ *Libertà, Grazia, Destino...* p. 82.

³⁵ No es el pecado el que ilumina la redención de Cristo, sino al revés.

³⁶ Cf. S. AGUSTÍN, *De pecc. mer. et rem.* 2, 17, 26: *ut autem innotescat quod latebat et suaue fiat quod non delectabat, gratiae dei est, qua hominum adiuuat uoluntates.*

¿Cómo experimenta el cristiano esta nueva libertad?

R. Guardini trae a colación la experiencia de san Pablo, el gran apóstol de la libertad cristiana³⁷. Pablo, por lo que se desprende del Nuevo Testamento, era un hombre inflexible, de temperamento fogoso y de ideas fijas que rayaban en el fanatismo. Alcanzar la justicia de la ley era su máxima aspiración. Aparecer justo ante Dios era el fin de toda su ascesis, consumiendo sus energías en esta lucha. Entra en una profunda crisis ante el testimonio de vida de los cristianos. Ellos viven con toda sencillez y alegría su relación con Dios y su amor a los hermanos. Viven en entera libertad y luchan, sí, pero con una fuerza misteriosa que les conduce y fortalece. Descubre en ellos la posibilidad de vivir una vida orientada totalmente hacia Dios pero sin la fatiga por hacer el bien sólo con las propias fuerzas, sin necesidad de someterse a los mil eslabones de la cadena que era el cumplimiento estricto de la ley, según la interpretación farisaica.

Pablo no puede soportar este escándalo y busca destruir la comunidad. Sin embargo, camino de Damasco, Pablo experimenta la realidad de Cristo. Experimenta la posibilidad de llegar a ser bueno, justo, santo, una suprema plenitud de significado y de libertad, que no viene de la tierra, por las propias fuerzas. No descubre un nuevo ideal ético sino que ha experimentado la cercanía de un Dios que se ha vuelto libre dentro de él. Lo que ocurrió con Pablo, y ocurre cada vez que un hombre cree, significa que el Dios vivo, si no es sofocado por el egoísmo y la deshonestidad, refulge en el ámbito de una existencia de hombre.

“Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?” (*Hch.* 9, 4). Camino de Damasco, Pablo penetra en el misterio que envuelve a los cristianos: Jesús, el Hijo de Dios vive en sus discípulos. Cristo, mediante la acción del Espíritu Santo, se constituye como principio interno, vital y personal, sin que por ello el discípulo pierda su propia identidad. Y desde dentro va actuando, inspirando, fortaleciendo, para que el cristiano busque y encuentre su verdadero bien.

“Esto significa que Dios mismo deviene libre” en el alma del cristiano. Esta expresión es una gran intuición de R. Guardini. “Si el elegido obra de acuerdo con la voluntad de Dios, el poder de la gracia se torna libre y crea en él y en torno a él el ‘mundo nuevo’, el ‘reino’”³⁸. Dejarse plasmar por Dios significará que en adelante el ideal de Pablo, y el ideal de todo cristiano, no será la búsqueda de la mera justicia legal, la lucha titánica por re-

³⁷ Cf. *Libertà, Grazia, Destino...*, 75 y ss. En las reflexiones que siguen haré constantes referencias a estas páginas del autor.

³⁸ *Pequeña suma teológica...*, 126.

construir por sí mismo el puente que conduce a la felicidad. El ideal de todo cristiano será dejar que Cristo habite en su corazón, en su existencia y cree en su interior un nuevo modo de ser: la nueva creatura, nacida del poder redentor de Cristo.

San Pablo expresará esta realidad en diversos lugares de su epistolario de modo sorprendente: “No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí”; “para que habite en mí la fuerza de Cristo”; “por esto precisamente me afano, luchando con la fuerza de Cristo que actúa poderosamente en mí”; “para mí la vida es Cristo” (*Gal. 2, 20; 2 Cor. 12, 9; Col. 1, 29; Fil. 1, 21*). Es la libertad en Cristo, la libertad de los hijos de Dios (cf. *Rom. 8, 2. 21*).

Esta nueva libertad viene acogida mediante los fundamentales actos cristianos: actos de fe, esperanza y caridad y los dones del Espíritu Santo. Mediante la fe, el cristiano ve con los ojos de Cristo, contempla las realidades humanas desde Dios. La esperanza le da la firmeza y la seguridad de saberse dentro del camino de su auténtica realización personal. Serenidad y seguridad que le da el tener la convicción de que sus actos no se agotan en la mera contingencia de la elección concreta, sino que adquieren un valor de eternidad. Pase lo que pase, el cristiano afrontará penas, fatigas y aun la misma muerte, con la serenidad de quien se sabe hijo amado del Padre. Mediante la caridad, el cristiano ama a Dios sobre todas las cosas y ama a los hombres con el mismo amor de Jesucristo. Toda su acción pública estará enfocada a irradiar el amor de Cristo a los demás. Así, por esta acción interna del Espíritu Santo, el discípulo de Cristo guarda la justa relación con Dios y con los bienes creados, a los que ve como medios para llegar a Él.

Como se ve, la revelación divina en Cristo no sólo muestra el camino, como lo hacía la Ley mosaica, según nos recuerda san Pablo. Ésta ponía exigencias pero no daba la fuerza para cumplirlas; su función era la del pedagogo (cf. *Gal. 3,24*). En Cristo, el hombre recibe la fuerza y se eleva para llevar a cabo actos destinados a su salvación. San Agustín sintetizaba esta realidad con una célebre expresión: *da quod iubes et iube quod vis*³⁹.

Gracia y libertad

Pero, en concreto ¿qué lugar compete a la libertad en esta nueva condición del cristiano que vive en gracia? La respuesta nos viene otra vez de san Agustín: los hijos de Dios son movidos por el Espíritu de Dios para que ac-

³⁹ *Confessiones X, 29, 2.*

túen, no para que por su parte no hagan nada⁴⁰. Por su parte, el Evangelio en su conjunto nos presenta la clave: todo es gracia, pero en libertad. O en palabras de R. Guardini: todo es gracia, “pero los hombres se encuentran en esta relación con Dios omnipotente con toda la libertad y la capacidad de acción de su propia naturaleza”⁴¹. Entre la gracia y la libertad no se da una contraposición, pues no están en el mismo plano. Se da más bien una unidad: “en que la iniciativa de Dios lo es todo, pero a través de ésta la iniciativa del hombre llega a ser plenamente libre y fuerte”⁴². Una está dentro de la otra, del mismo modo en que el cristiano vive en Cristo y Cristo vive en Él, “en la aventura de una única realidad existencial”⁴³.

Por lo tanto, la actitud del cristiano no es la de escoger (“o todo es gracia o todo es libertad”; o peor aún, “a veces por gracia, a veces por libertad”), sino abrazar gracia y libertad en una visión unitaria, con la conciencia de que ambas verdades han sido queridas por Dios y encuentran en Él su síntesis última. La gracia hace que la voluntad se dirija al bien real y, si se puede decir así, libera nuestra libertad para que con ella nos elevemos hasta Dios. El “cómo” de esta unión permanece misterioso, pues es parte del gran misterio de un ser absoluto y perfecto que decide crear “fuera de sí” seres con una propia autonomía. Sin embargo, el “por qué” es la Revelación misma la que nos lo descubre, de modo claro y luminoso. La gracia divina que transforma al cristiano y lo eleva desde el interior, moviendo la voluntad hacia el bien divino, no anula la libertad del hombre sino que la perfecciona y le proporciona una fuerza nueva. Y esto, en definitiva, porque Dios tiene en su poder nuestra voluntad más de lo que nosotros mismos la poseemos⁴⁴. Él obra en ella desde el interior y con suavidad la vuelve hacia sí. Dios es *interior intimo meo*. Actúa en el seno mismo del alma, ya sea como impulsor del acto, *primum movens*⁴⁵, ya sea con la fuerza de la atracción, con y por el amor.

⁴⁰ *De corrept. et gr.* 2, 4: *aguntur enim ut agant, non ut ipsi nihil agant.*

⁴¹ *Libertà, Grazia, Destino...*, 84. Para apreciar cuán libres se encontraban los hombres ante la llamada de Jesús de Nazaret, cf. J. GALOT, *El corazón de Cristo*, Desclee de Brouwer, Bilbao 1963, 117-121.

⁴² R. GUARDINI, *Libertà, Grazia, Destino...*, 85.

⁴³ *Ibid.* p. 86.

⁴⁴ Cf. A. TRAPÉ, en *Opere di sant'Agostino...* p. XLVIII.

⁴⁵ *Quaest. disp. de Malo*, q. 6. c.

El amor, plenitud de la libertad

Tocamos el punto central y el más profundo del tema de la libertad: se nos dio la libertad para amar. Dios mueve al alma con la fuerza del amor, y quien es movido por el amor, es movido libremente.

La libertad cristiana es la *libertas caritatis*⁴⁶. Si es verdad que el amor es el peso del hombre, de tal modo que éste se mueve hacia donde se inclina su amor, el cristiano, por la gracia que actúa en su interior, reorienta su corazón, que por el pecado tiende hacia el bien fútil, y pone el peso de su amor en Dios.

*Fecerunt itaque civitates duas amores duo*⁴⁷. No hay término medio. O se ama a Dios y a los demás por y en Dios, o será el amor propio a dictar sus leyes y a imponer sus yugos. El amor, como afirma A. Trapé, es la vía para conciliar la libertad con la atracción operante de Dios. En última instancia, es libre sólo quien obra por amor⁴⁸.

Dios se revela al hombre y revelándose se dona y, en cierto sentido, se hace vulnerable ante el hombre, pues éste permanecerá libre ante el don del amor de Dios. Dios lo invita a entrar en el misterio de su vida íntima. Esta comunión es posible al hombre en Cristo. Sólo una creatura libre puede ser, por tanto, el destinatario de la autocomunicación divina; una creatura capaz de acoger el don y de ofrecer su propia vida como respuesta. No se trata, entiéndase bien, de que Dios se coloque en el mismo plano de los demás bienes particulares. Dios se presenta siempre como el único digno de elección. Ya quedó demostrado en su momento que la libertad no consiste en aceptar o rechazar a Dios; rechazarlo sería aceptar la nada, sería el suicidio de la libertad. Pero Dios toma en serio la libertad que ha concedido a su creatura. Como el Padre dejó marchar al hijo pródigo, así también ha decidido respetar la dinámica del amor hasta sus últimas consecuencias.

“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (*Rom.* 5, 5). El amor es la perfección de la ley. *Dilige et quod vis fac*⁴⁹. Para el que ama a Dios, su corazón le dicta el modo de actuar, con la certeza de que éste será siempre el que Dios quiere. *Lex libertatis, lex caritatis*⁵⁰. *Caritas est vita animae*⁵¹. Es la con-

⁴⁶ S. AGUSTÍN, *De natura et gratia* 65, 78.

⁴⁷ S. AGUSTÍN, *De civitate Dei*, 14, 28, 1.

⁴⁸ A. TRAPÉ, en *Opere di sant'Agostino...* p. LXXXIX.

⁴⁹ S. AGUSTÍN, *In Io. ep. ad Par.* 7, 35.

⁵⁰ S. AGUSTÍN, *Ep.* 167, 6, 19.

vicción de toda la Tradición cristiana que basa en la caridad, en el amor de donación a Dios, el camino para la máxima liberación.

Esta es la libertad del discípulo de Cristo; es la libertad de Pedro. Él amaba intensamente al Maestro; sin embargo, llegada la hora de la prueba suprema, lo negó tres veces, manifestando así su debilidad. Él quería ser fiel al Señor, pero no pudo. Él lo negó, no otro. No fue el miedo, ni las pasiones. Fue él. ¡Cuánta debilidad en el ejercicio de la libertad en los discípulos aquella noche de la pasión de Cristo! Todos lo abandonaron. Más tarde, después de que corrieron abundantes lágrimas por las mejillas del apóstol débil, Jesús lo confirmará en el amor. “Pedro, ¿me amas?” (*Jn.* 21, 15). La noche del Jueves Santo, Pedro experimentó cuán pesadas eran las cadenas que aún lo tenían atado a sí mismo. A orillas del lago, Jesús le muestra la vía del amor perfecto: amor que más tarde soltará su lengua en Pentecostés, amor que lo llevará a predicar el evangelio con entera libertad y a sufrir con gozo por amor del Señor; amor que lo dispondrá al supremo testimonio de libertad: la muerte por su Maestro.

Es la libertad de Pablo, subyugado por el amor de Cristo (cf. *Fil.* 3, 12). La que predicará abiertamente, sin temor a las represalias, los azotes y ataques de judíos y de falsos hermanos. Al igual que su Maestro predicará la excelencia del conocimiento de Cristo, la caridad auténtica, pasará haciendo el bien. Por amor, todo lo estimará basura con tal de alcanzar el amor de Cristo. Es decir, los bienes terrenos, la vida, la muerte, la integridad física, todos los bienes por los que los hombres se enfrentan, sufren y se afanan, no tendrán ningún valor en cuanto tales, sino sólo el que les confiere la relación con el Bien absoluto, ya poseído en la tierra y sin posible ocaso, cuando sea disuelto con Cristo, en el cielo⁵².

Para Pedro, Pablo y para todos los cristianos, ser libres implicará dejarse guiar por el Espíritu, dejarse transformar por la gracia, dar a sus acciones un valor de eternidad, amar con un amor puro, desinteresado, indiviso.

La lucha por someter la carne a las exigencias del espíritu implicará, no una pasividad perezosa, sino todo lo contrario. El cristiano castigará su cuerpo hasta que las virtudes resplandezcan en todo su ser. Vigilará y orará para no caer en la tentación (cf. *Mt.* 26, 41), combatirá el buen combate de la fe (cf. *1 Tim.* 6, 12), pero no sólo ni con sus solas fuerzas. El crecimiento en las virtudes será un trabajo a dos, en donde Dios y el hombre tienen su

⁵¹ *Summ. Theol.* II-II 23, 2 ad 2.

⁵² *Cupio dissolvi et esse cum Christo. Fil.* 1, 23.

lugar, en planos diversos, pero imprescindible y real. La obra maestra que se llevará a cabo será un *alter Christus*, un santo cristiano.

Conclusión

¿Qué es lo específico de la libertad cristiana? Esta pregunta ha sido el hilo conductor de las reflexiones precedentes. La gracia no destruye la naturaleza, la perfecciona. Más aún la “naturaleza graciada” es la naturaleza humana llevada a su máxima expresión. Cristo es el hombre perfecto y desvela al hombre su grandeza y su misión. La libertad cristiana será, por tanto, la misma libertad humana en su ejercicio más propio. La libertad no es sólo elección de la contingencia; la libertad es don, es misión, es una tarea que se debe realizar durante toda la vida. La libertad es la posibilidad que tiene el hombre de poder adherirse a su Creador con un acto que es plenamente suyo y, a la vez, fundado en la Libertad absoluta. Dios no es una amenaza ni es un límite al ejercicio de la libertad humana. Él es el garante de esa misma libertad. Lejos de Dios sólo puede haber esclavitud y encogimiento espiritual.

La gracia potencia la libertad humana de dos modos fundamentales. Da, por una parte, el “colirio” (Cf. *Ap.* 3, 18) para ver cuál es el bien que lleva a la vida eterna. Dado que no sabemos pedir lo que nos conviene (cf. *Rom.* 8, 26), el Espíritu viene en nuestra ayuda iluminando nuestras mentes y guiándonos por el camino del bien, manteniendo nuestros ojos “fijos en Jesús, que inicia y consuma nuestra fe” (*Hb.* 12,2).

Por otro lado, la gracia fortalece nuestra voluntad para escoger y actuar de modo conveniente (cf. *Fil.* 2, 13) y para “sacudirnos de todo lastre que nos asedie”, en definitiva, del yugo del pecado. El Espíritu Santo corre en ayuda de una voluntad recurvada sobre sí misma que naturalmente tiende a lo más fácil, al goce inmediato, a la satisfacción sensible, para “correr con fortaleza la prueba que se nos propone” (cf. *Hb.* 12,1).

Todo el dinamismo de la vida espiritual (gracias, virtudes teologales e infusas, dones) no se coloca como un sustituto de la naturaleza sino que la sana, la fortifica y la empuja a una acción que no se acaba en elecciones contingentes e intrascendentes, sino que tiene como objeto último alcanzar ya en la tierra el gozo de la posesión del Bien perfecto.

Esta es la libertad de los santos, “la gran nube de testigos” (*Hb.* 12,1). Libertad que los ha llevado a las más grandes empresas por encima de la debilidad, de las oposiciones y de la enfermedad. Esta es la libertad de los mártires en la que Dios, como afirma el prefacio, “ha sacado fuerza de lo

débil, haciendo de la debilidad su propio testimonio”, dando a hombres, mujeres y niños la sed de las cosas eternas y la fuerza para vencer al mal con el bien (cf. *Rom.* 12, 21).

La Iglesia no se cansará de hacer recapacitar al hijo pródigo. Ella sabe que lejos de la casa del Padre misericordioso, el hombre sólo encontrará miseria y sufrimiento. Para darle el gozo de la auténtica libertad, la Iglesia no cede a fáciles componendas ni a soluciones que satisfagan a vez la sed interior de felicidad y la codicia insaciable de las pasiones desordenadas. La libertad interior se construye en el sacrificio, en la lucha, en el dominio de sí, en el rechazo de la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida (cf. *Jn.* 2,16). Esto ciertamente cuesta. Pero, a la luz de la libertad que se nos promete –y que ya podemos experimentar en esta tierra – el yugo se hace blando y la carga ligera (cf. *Mt.* 11, 30), pues nada es imposible y todo sacrificio es pequeño para el que ama.